

APUNTES

— 25 —

5 de Marzo de 1936

El tributo trágico del automovilismo

Por J. C. Furnas

Reimpresión de "Síntesis", México, octubre de 1935

El hecho de haber dado a conocer el número de accidentes automovilísticos registrados en Norteamérica—casi un millón el año pasado, con un total de 36,000 defunciones—, no bastará para hacer comprender a los automovilistas lo peligroso que es conducir un automóvil. Jamás se darán cuenta de los dolores y agonías que se ocultan detrás de los escuetos datos estadísticos. Es necesario enfrentarlos con las catástrofes.

Una ligera ojeada sobre los resultados de un terrible choque, o la noticia de que algún amigo se encuentra en el hospital con la espina fracturada, harán que cualquier automovilista, si no es un testarudo, aminore la velocidad, por algún tiempo. Se impone una rápida comprensión de que, cada vez que se coloca el pie sobre el acelerador, la muerte se halla en acecho. Cualquier accidente que presenciemos, no es un espectáculo aislado: se repite a todas horas y en todas partes.

Los jueces conscientes deberían sentenciar a los automovilistas poco precavidos a que observaran las consecuencias que producen los accidentes, en un

depósito de cadáveres; pero ni aun los cuerpos destrozados que se exhiban en el hospital serán suficientes para reconstruir con el mayor realismo esos accidentes.

No hay artista capaz de pintarnos una de estas tragedias. Sería necesario valernos del cine sonoro, para sincronizar los gritos y lamentos; las sacudidas y los desesperados esfuerzos de las víctimas que tratan de sostenerse en pie, después de un choque; las expresiones de estupor al ver los miembros destrozados; el horrible espectáculo que ofrece el cuerpo de un niño con los huesos triturados; la insistente imagen de una mujer histérica que grita, cegada por la sangre que escurre por sus mejillas.

Los detalles secundarios consistirán en huesos astillados que asoman por entre la carne; superficies de color rojo intenso que sangran, donde la ropa y la piel fueron rasgadas simultáneamente.

Si en cada tramo difícil del camino pudieran exhibirse, como advertencia, los espectros de una catástrofe: ayes y gemidos, el espectáculo accidental de diez o quince cuerpos ensangrentados, inmóviles, horriblemente mutilados, tirados sobre la yerba, quizás eso pudiera servir de escarmiento.

Cierta vez, un vigilante de tránsito detuvo en una carretera a un automovilista, por exceso de velocidad; fue tanto lo que alegó al representante de la autoridad, que éste lo dejó marchar, para no amargarle el paseo con la familia; pero le advirtió que, de seguir así, no viviría mucho tiempo. Cincuenta kilómetros más allá del lugar de este incidente, se encontró al mismo automóvil convertido en un montón de hierros torcidos, con todos sus ocupantes muertos. La identificación del coche sólo pudo hacerse por el color rojo de la carrocería. Tal escena

hubiera causado espanto aun a personas de mucha entereza.

Quizá nuestros lectores experimenten una sensación desagradable, al leer estas líneas; pero aquellos que crean tener la serenidad necesaria para correr exponiendo su vida y la de los demás, también deberán tenerla para seguir leyendo; a quienes no hayan escarmentado ante un hecho real, podrá servirles de algo esta macabra lectura.

Como un gato, es traicionero el automóvil. Cuesta trabajo comprender que es uno de los proyectiles más mortíferos que existen. Un coche moderno puede correr a más de 100 kilómetros por hora—unos 30 metros por segundo—; velocidad que basta para poner una injustificada responsabilidad en los frenos del vehículo y en los reflejos humanos. Instantáneamente se convierte en un monstruo.

Cada variedad de accidente: colisión, volcadura o caída de costado, ocasiona una detención brusca, fatal para la dirección del volante, que se quiebra, y fatal, también, porque hace añicos al carruaje. Sus ocupantes se ven lanzados en la dirección inicial y a la velocidad que llevaban; cada superficie y cada ángulo del interior del vehículo se convierten entonces, en proyectiles que golpean, rasgan y destrozan directamente el cuerpo humano. No hay manera de contrarrestar las imperativas leyes de la física.

En un choque automovilístico puede suceder cualquier cosa, inclusive esas salvaciones milagrosas de las que se oye hablar de vez en cuando. Algunos salieron con ligeras rozaduras, a través de los cristales de un auto; pero no por eso dejaron de estar en peligro de muerte.

Recientemente la autoridad abrió la portezuela de un coche que había rodado por un precipicio, y

cual no sería su asombro, al ver salir casi intacto al conductor del vehículo, con un rasguño superficial en la mejilla. Sin embargo, su madre estaba adentro, muerta a consecuencia de una astilla que había penetrado cuatro pulgadas en su cerebro. No tenía los huesos rotos ni se veía sangre derramada: era simplemente un cadáver con el cabello gris, que sostenía con la mano apretada una bolsa en su regazo, como si la hubiera cogido cuando el carro saltó del camino.

Un mes después, en ese mismo lugar, se estrelló un coche de turismo contra un árbol. En medio del asiento delantero encontraron a un niño de nueve meses de edad, entre fragmentos de cristales: estaba ileso. Parecía una broma de la muerte, que no pudieron festejar los padres del bebé, que permanecieron sentados, inertes, a los lados de su hijo.

La persona que guía un automóvil es el blanco favorito de la muerte. Si el volante resiste, en un choque, él se rompe el hígado o el bazo, y le sobreviene una hemorragia interna; si el volante se quiebra, el asunto es grave, porque instantáneamente la columna de la dirección penetra en el abdomen.

No siempre las colisiones se efectúan en las curvas. La trampa favorita de la muerte, se halla en los tramos rectos, con espacio suficiente para el tránsito de tres vehículos a la vez, como los famosos Astor Flats, en el camino de Albany, en donde se han registrado hasta 27 desgracias en el curso de un mes. Una carretera ancha y recta despierta, aun en los automovilistas más precavidos, el deseo de querer sobrepasar al que va adelante. De pronto aparece, en dirección contraria, otro vehículo que se acerca a gran velocidad. Cuando llega lo inevitable, cada conductor hace un esfuerzo supremo para re-

cuperar la posición correcta, pero ya es demasiado tarde: obligados a meterse en la cuneta, o a chocar contra cualquier obstáculo, lanzan a los pasajeros unos sobre otros.

Un individuo fue testigo de un espantoso accidente, que describió como sigue: «Cinco coches amontonados; 7 cadáveres en el lugar del choque; 2 personas que murieron al conducirlos al hospital y otras 2 que fallecieron después». Todo esto lo recordaba más vivamente de lo que él hubiera deseado y además recordaba el momento en que el doctor se alejó rápidamente de un hombre muerto, para atender a una mujer que tenía la espina rota; 3 personas empapadas en aceite, como cigarros mojados; un hombre que caminaba, monologando, delirante, sin fijar su atención en los muertos y en los agonizantes ni notar siquiera el pedazo de acero que llevaba encajado en una muñeca; una bella joven que tenía abierta la frente, tratando en vano de arrastrarse, con una cadera rota. Una hecatombe de esta magnitud, es sólo una aportación numérica: siete cuerpos están tan muertos como uno. Cada hombre, mujer o niño destrozados, que formó parte de los 36,000 cadáveres recogidos durante el año pasado, tuvo que pasar por el trance de la muerte individual.

Si un coche cae en un abismo dando tumbos de costado, irá golpeando y destrozando a sus ocupantes en cada pulgada de su recorrido, y podrá llegar a enredarse de tal manera en un tronco de árbol, que se necesite una lámpara de acetileno para separar, una de otra, las defensas delantera y trasera. En un caso de esta naturaleza, ocurrido hace poco, una anciana iba en el asiento posterior del vehículo y su hija en el delantero; y después del percance, hallaron a la señora acostada sobre las rodillas de su

hija; bañadas en sangre ambas. En la autopsia no se pudo determinar si las lesiones del cuello, o las del corazón, habían causado la muerte de la anciana.

Las heridas que produce una volcadura son de índole muy especial; hay, entre otras, la pelvis destrozada, que obliga a permanecer inmóvil varios meses, con probabilidad de quedarse inválido para toda la vida; la fractura de la columna vertebral, causada por un movimiento brusco o torcedura, con resultados análogos. Entre las lesiones de menor importancia, figuran la rotura de las rodillas, los omoplatos astillados a consecuencia de los golpes contra el interior del coche, etc. Después, las lesiones de pronóstico reservado: las costillas rotas que pueden herir el corazón y los pulmones. Cualquier hemorragia interna también es peligrosa, porque llena de sangre la pleura, en vez de la cavidad abdominal.

El uso de vidrio—el de seguridad no se ha generalizado aún—ayuda, más de lo que se cree, al aparatoso aspecto de los accidentes. Cuando ocurren éstos, salta en fragmentos al rostro de una persona, como si fuera lanzado por un potente cañón. No se limita a cortar la piel: un trocito de vidrio que penetre en un ojo con semejante fuerza, equivale a la ceguera definitiva. Una pierna o un brazo que salgan a través del parabrisa, quedarán cercenados hasta el hueso, como si fuesen una pieza de res bajo el cuchillo del carnicero.

Los vidrios de seguridad no llenan aún su cometido, cuando un vehículo choca con otros objetos, a gran velocidad. Se cuentan relatos pintorescos acerca de cómo un cuerpo, al ser lanzado fuera del automóvil, abre con la cabeza un agujero en la tierra. Los restos de los vidrios, por insignificantes que sean, decapitan como la cuchilla de la guillotina.

Algo semejante sucederá si el cuerpo va a dar contra una cerca, un poste o un alambrado: frecuentemente se encuentran personas con los pies destrozados, deformados y sin zapatos; otras veces los zapatos aparecen detrás del coche, vacíos, con las cintas bien amarradas.

Es difícil encontrar un superviviente que tenga valor para narrar su caso. Al volver en sí advierte, por los dolores punzantes en el cuerpo, que tiene fracturados los omoplatos, la clavícula, el brazo derecho, tres costillas; pero el dolor no suprime en su mente la certidumbre de que va a morir. Allí no hay fantasía: es la cruel realidad de saber que va a sumarse a las 36,000 víctimas del año pasado.

Al ir por una curva demasiado cerrada, o un camino resbaladizo, o al seguir a otro vehículo sin conservar la distancia que aconseja la prudencia, va úno jugándose la vida, a cada instante, o, por lo menos, exponiéndose a sufrir heridas y dolores indescriptibles.

Hay que imaginarse el momento que sigue a un accidente, cuando el médico mueve la cabeza al vernos, dice a los que conducen la camilla: «A ése, déjelo ya», y su atención se concentra en otro herido que aún no ha muerto.

Pensando en eso, cuando es tiempo todavía, hay que moderar la velocidad.

La solución de Hartman

Traducción resumida de un artículo publicado en «Druggists Circular». Vol. lxxx, N.º 2. Febrero, 1936.

Por O. J.

Enorme sorpresa y expectación causó a su auditorio el Dr. Leroy L. Hartman, de la Escuela de Cirugía Dental y Oral de New York, (Columbia University), cuando, hace apenas unas pocas semanas, anunció haber descubierto un nuevo *desensibilizador* dental. Grande fue también la sorpresa cuando pocos días después dió a conocer la fórmula de su anestésico, para que la humanidad doliente pueda beneficiarse con él. Pero quizá la mayor sorpresa, por lo menos para los profesionales, ha sido encontrar que la solución del Dr. Hartman no es más que una simple mezcla de tres bien conocidos productos químicos y que puede hacerse preparar en cualquier farmacia.

El nuevo anestésico o desensibilizador difiere de los demás conocidos en la práctica dental, en que no se inyecta en las encías, ni directamente a los nervios, siendo sólo necesario aplicarlo a la dentina, principal componente de los dientes. El solo contacto de la solución con la dentina, durante muy poco tiempo, es bastante para que se produzca la anestesia, durando ésta de media hasta una hora, tiempo de sobra para efectuar cualquier trabajo de taladro o relleno. No produce ningún efecto desagradable en la boca ni en el organismo en general.

Los ingredientes de la solución de Hartman son los siguientes:

Timol	1 y $\frac{1}{2}$ partes.
Eter sulfúrico	2 partes.
Alcohol etílico	1 parte.

Las proporciones anteriores son por peso. Para facilitar la preparación, evitando el empleo de frascos tarados, de manera que cualquier farmacia pueda prepararla, se indican las siguientes proporciones, por peso y por medida:

Timol.....	7.79 gm.
Eter sulfúrico.....	13.33 c. c.
Alcohol etílico.....	7.58 c. c.

Con estas cantidades se prepara $\frac{1}{2}$ onza flúida, suficiente para 200 aplicaciones. Debe guardarse en frascos de color ámbar bien tapados con tapón de corcho o de bakelita. Deben evitarse los envases transparentes, porque la luz descompone la solución. Tampoco se recomiendan frascos con tapón de vidrio, porque se recubren de cristales de timol, impidiendo un cierre hermético.

La solución de Hartman se usa como tóxico. Se humedece una pelotilla de algodón, sin saturarla, y se aplica directamente a la carie o a la dentina, según el caso. Si se trata de una carie, es necesario hacer una segunda aplicación después de haberla limpiado, para evitar el dolor al hacer el relleno de la cavidad.

Una aplicación de un minuto es suficiente para producir anestesia en los niños. Tratándose de adultos la aplicación deberá ser de 1 y $\frac{1}{2}$ minutos. Después de quitada la pelotilla con la solución, deberá hacerse una aplicación de aire caliente. Conviene mantener aislado el diente con tela ahulada. Si se emplean rollos de algodón en las encías que rodean el diente cariado, deberá evitarse que se humedezcan con la solución. También se evitará que la solución moje las encías o la lengua, porque el timol produce una quemadura. Si esto llega a ocurrir, deberán hacerse enjuagues con agua bicarbonatada.

Después de 18 años de experiencias, el Dr. Hartman pensó que la dentina contiene lipoides que son capaces de comunicar al nervio la sensación dolorosa que produce el taladro. Hizo numerosos experimentos con los más conocidos disolventes de los lipoides, habiendo encontrado que la combinación alcohol-éter es la mejor. El único inconveniente es su fácil evaporación. Pero lo obvió con la adición de timol, que al mismo tiempo que retarda la evaporación de la mezcla, aumenta el poder de penetración de los disolventes de los lipoides. Aplicando aire caliente después, el timol cristaliza evitando la total evaporación de la solución, que continúa actuando durante una hora.

La solución de Hartman se considera como una de las más sobresalientes contribuciones para mejorar la práctica de la dentisteria. Y si se toma en cuenta que hasta en la más modesta farmacia rural pueden conseguirse los ingredientes para prepararla, debe admitirse que su autor, por sabio, por noble y desinteresado, deberá ser tenido como gran benefactor de la humanidad.

Las emociones

Extracto de *Readers Digest*, enero de 1936. Traducción ajena.

Por **Walter B. Pit' in**

Las emociones son para nuestro organismo como bombas explosivas. A veces la explosión es evidente para el que la sufre y para quien lo observa; en otras, el estrago es interno y se guarda toda compostura en apariencia.

Los órganos digestivos son generalmente los que más sufren a consecuencia de las fuertes emociones.

La faringe se contrae; el estómago se estrecha hasta el punto de no poder cumplir sus funciones; los espasmos producidos en los intestinos causan diarreas o constipaciones, apendicitis, úlceras; el hígado experimenta múltiples trastornos. Todos estos males no son obra de un choque pasajero, sino de choques repetidos, debidos a la cólera, a la angustia y, sobre todo, al miedo.

Las úlceras del estómago que se deben a las contracciones producidas por angustias, a menudo se curan con el reposo de los músculos. Según datos recientes, debidos a cuatro de los profesores de la Universidad de Columbia, recobraron la salud 32 personas que padecían de dicha enfermedad, después de haber asistido a conferencias sustentadas por un psicólogo, sobre las contracciones y el reposo. Al terminar cada conferencia, los enfermos debían beber agua fría, como único tratamiento; al cabo de seis semanas, a excepción de dos, los restantes comían de todo. El doctor Albert J. Sullivan, de la Escuela de Medicina de la Universidad de Yale, atribuye a disturbios emotivos, las tres cuartas partes de las colitis ulceradas en que se produce una especie de autocanibalismo, por superestimulación de las vías digestivas en que éstas llegan a tal actividad que acaban por digerir su propia envoltura, y agrega que, tras de haber agotado los recursos médicos, lo único que había curado como por obra de magia a los que padecían tal enfermedad, era el hecho de tranquilizarse moralmente.

El problema es averiguar cuáles son las actitudes que pueden asegurarnos la tranquilidad de la vida. Hay que aprender a atender a todo con calma. Hay que saber asociar la obligación y la diversión. La obligación nos asegura el pan, y la diversión nos

ayuda a digerirlo. Hay que saber también descansar. El simple hecho de acostarse en el suelo boca abajo, produce un buen reposo, si se hace como se debe. Hay que saber estirarse, como los gatos, con gracia y soltura. Cuando se trabaje con la vista, es preciso levantarse cada media hora y dar una vuelta al aire libre y hacer unos cuantos ejercicios con los brazos.

Cuando se padece de cansancio en la vista, sin que haya causa justificada y sin que el cansancio proceda de alguna enfermedad, bien puede ser la causa el tabaquismo. A muchas personas la nicotina les afecta los músculos pequeños de los ojos narcotizándolos e impidiéndoles llevar a cabo trabajos que exijan buena vista. Aunque tal cosa se deba a otras causas, vale la pena de dejar el tabaco, si con ello se siente mejoría.

El músculo que se fatiga y descansa casi simultáneamente no llega a producir grandes males; pero hasta el más insignificante de nuestro organismo, si se esfuerza durante largo tiempo, llega a convertirse en una verdadera calamidad. Las amas de casa y las mecanógrafas, si trabajan en posturas forzadas, llegan a cansarse a tal grado que se vuelven irritables y torpes, y lo atribuyen a exceso de trabajo, cuando en realidad sólo obedece al esfuerzo en que se han tenido pequeños músculos de los hombros y brazos, de lo que talvez ni cuenta se han dado.

Algunos cultos directores de fábricas permiten que sus obreros descansen en medio de sus tareas. Para ello hacen que cada cual desempeñe, cada media hora, diferentes actividades de las que tiene asignadas.

De las tensiones nerviosas, las que más trastornos nos producen son las causadas por el miedo; y de éstas, las más perjudiciales, cuando no se sabe

a qué atribuirlo. La aproximación de un peligro cuando se ignora la procedencia, produce en el organismo excesiva tensión y pánico. En el preciso momento en que se conoce cuál es la causa que puede producirlo, se empieza a entrar en relativa tranquilidad. En tales casos, lo mejor es dominarse y raciocinar, para comprender lo absurdo de tales temores.

En las situaciones difíciles, que pueden prolongarse durante largo tiempo, debe dividirse el problema, para buscar su solución, no en conjunto, sino diariamente, tratando de vencer las dificultades que se presenten cada día. Es esta la mejor regla de higiene mental.

Serán motivo de reflexión para todas las personas normales, los experimentos llevados a cabo en el Hospital de Dementes de Chicago, y en las instituciones similares de Nueva York y Pennsylvania, en que la música ha obrado verdaderos milagros curativos, en los cerebros desequilibrados. Uno de los enfermos, que había perdido totalmente la memoria, la recuperó casi por completo después de haber oído bellos trozos musicales, y ¡cuántos de ellos, furiosos, se han serenado, sólo con oír música, y hasta han recobrado la cordura! Otros han olvidado sus manías y casi han llegado a la perfecta razón, al reunirse y cantar evocadoras canciones, en coro. Si tal efecto produce la música en esos desgraciados, ¡cuánto puede beneficiar a los normales, que, al escucharla, se tranquilizan y calman!

Miscelánea

Hay en la patria y en el mundo entero una áspera discusión, entre la nueva generación y las ya maduras, sobre la orientación política y social de las naciones. La juventud proclama que los problemas económicos son el elemento básico de la vida del hombre. Nosotros aceptamos que es un fundamento vital de prodigiosa potencia, pero no solitario ni exclusivo. Para nosotros hay una compleja estructura de valores sentimentales, intelectuales, morales, religiosos, patrióticos, artísticos, etc., con los cuales debemos armonizar los reclamos imperativos del amor y del sustento, estas dos columnas de la exégesis materialista de la sociedad y de la historia, porque aquéllos también son indeclinables, porque también ellos imperan en el alma hasta trocar por ellos la vida cuando algo o alguien intenta usurparles su dominio.

Luis López de Mesa.

* * *

El respeto por los ancianos era una virtud antigua, prescrita durante cuarenta siglos por los grandes moralistas chinos, indostánicos, egipcios, griegos y romanos, judíos y cristianos, y practicada por los pieles-rojas y los caribes. Tal respeto era tributado, no por bondad ni por generosidad, sino por instinto de conservación; porque la humanidad vive de la experiencia capitalizada durante toda su historia, y los ancianos de cada generación, son los depositarios y los trasmisores de ese capital de experiencia. Si los desconocen y desdeñan, las sociedades van al precipicio por la ceguedad presuntuosa de los párvulos. De ordinario los niños, cuando se ponen a

travesear con las máquinas complicadas, rompen las piezas, pierden los útiles y en ocasiones se matan. Es preciso saber historia, porque ésta es la experiencia acumulada; pero sin viejos no hay historia. Por lo demás, los jóvenes no deben impacientarse demasiado con la carga y el estorbo de los ancianos, porque la muerte nos va eliminando más pronto de lo que ellos mismos esperan... y, más pronto de lo que ellos mismos creen, ellos se convertirán a su turno en ancianos.

Los mozos alentados deben ser guerreros, como Alejandro, Napoleón y Bolívar, que empezaron muy jóvenes; aun cuando los viejos también sirven para eso, díganlo Moltke, Hindenburg, Joffre y Foch. Mas los estadistas siempre deben ser maduros, concienzudos y experimentados: la mejor obra de su vida política, la hicieron Thiers, Gladstone y Clemenceau, ya muy ancianos, y los grandes triunfos diplomáticos de Talleyrand, de Disraeli y de Bismarck fueron obras de viejos. Mal negocio hubieran hecho Francia, Inglaterra y Alemania en arrinconarlos como trastos ya inútiles, cuando en sus envejecidos cerebros llevaban el éxito y la victoria para su patria; y es que los frutos exquisitos maduran lentamente, según la opinión de Schopenhauer.

Las revoluciones desconsideradas y suicidas las hacen siempre jóvenes presuntuosos y elocuentes, como los girondinos o como Kerensky; tras de ellos vienen siempre los criminales gananciosos, como Marat y Robespierre, como Lenin y Trotsky, y tras de éstos, como anunciador del desquite, el tirano aplastante: Bonaparte, Mussolini o Hitler. Ya vendrá el de Rusia, si no es que en Stalin se está incubando el agente ciego y obligado de la justicia vengadora. Las revoluciones fecundas y perdurables las hicieron

siempre la madurez y la prudencia de los discretos, de los callados como Washington. Así, la revolución americana del Norte es la única de que no tuvieron que arrepentirse sus autores, la única que no se precipitó a excesos y la que erigió la más colosal y sólida estructura política de la historia moderna, de cimientos hondos y de trabazón potente, foco de energía expansiva y refugio de fuertes y débiles, sin la odiosa lucha de clases, en noble aspiración democrática. Así también, en Suiza, obreros modestos, buscando el equilibrio transaccional, con razas y lenguas y religiones diversas, sin guillotina y sin bombas de dinamita, construyeron una fuerte y tranquila morada de paz y de libertad.

Laureano García Ortiz.

(Fragmento del discurso en el acto de recepción de B. Sanín Cano en la Academia Colombiana, el 18 de octubre de 1935.)

* * *

Algunas palabras de André Maurois, hablando de los ingleses:

Para que un escritor tenga sólida influencia sobre las masas inglesas, debe ser como ellas, como Dickens, sencillo y sentimental.

¿Acaso el capitán de un *team* de *foot ball* dice a sus jugadores: «en tal minuto pasaréis el balón»? No. Antes del partido, les indica una táctica general. Las decisiones se tomarán en el momento de obrar. Y en la política, como en el deporte, la tradición británica aconseja dejar al «hombre del momento» una amplia libertad de acción. De aquí que haya una gran dificultad para obtener de los ingleses una indicación precisa sobre sus acciones futuras. Antes

de la guerra de 1914, los diplomáticos franceses y rusos interrogaban al *Foreign Office*: «¿Qué hará Inglaterra?» «No lo sé, respondía Sir Edward Grey; depende de las decisiones del Gabinete.» «Pero necesitamos saberlo. ¿No podría usted consultar al Gabinete?» «No es posible, contestaba Sir Edward Grey, pedirle a un Gabinete inglés que delibere sobre una hipótesis.»

«En el fondo de su corazón, dice Arthur Bryant el inglés está convencido de que su pueblo es e más grande del mundo.» Pero este orgullo no hace agresivos a los ingleses. No tratan de convencer al mundo de su superioridad. Los extranjeros no les interesan. Los complejos de inferioridad son los que inspiran las políticas brutales. Un hombre seguro de su fuerza, muestra casi siempre generosidad e indiferencia; y lo mismo los pueblos. La guerra no es un placer inglés. Dondequiera que vaya, el inglés sigue siendo inglés. Transporta a China o la India su breakfast, su tennis, su golf, su código moral. No exige a los nativos, a los indígenas, que adopten sus costumbres, y no adopta jamás las de ellos.

* * *

Amo a los animales domésticos y no me importa que la gente se burle de mí cuando digo que me entiendo mejor con ellos que con la mayor parte de mis semejantes.

Cuando úno ha conversado media hora con un individuo, se siente ya, por regla general, hastiado. Yo, por lo menos, siento un deseo irresistible de escabullirme y me sorprende ver que mi interlocutor no haya tratado de escaparse a su vez. Sin embargo, la sociedad de un perro amigo no me aburre jamás, aunque no lo conozca, ni él me conozca a mí. A

menudo, cuando veo un perro caminando solo, me detengo y le pregunto adonde va y me entretengo un rato charlando con él, y aun cuando no conversamos me hace bien mirarlo y tratar de penetrar los pensamientos que lo preocupan. Los perros poseen una inmensa ventaja sobre el hombre y es que no pueden disimular. La paradoja de Talleyrand que dice que «el lenguaje se hizo para ocultar nuestro pensamiento», no es aplicable a los perros.

* * * *Axel Mounthe.*

Quien esté profundamente interesado en una multitud de temas, no puede sentirse infeliz sino por breves ratos.

* * * *W. Lyon Phelps.*

La paz del mundo llegará, cuando alguna nación o un grupo de naciones adquiera el poderío y la civilización necesarios para poner fin a la guerra. Si es preciso, obrarán como el cardenal Richelieu, quien, para acabar con el duelo, suprimió unos cuantos duelistas.

* * * *Arthur Brisbane.*

El patriotismo nacional ha hecho posible la paz interna y sólo el patriotismo universal puede traer consigo la paz del universo. No se llega al patriotismo universal desvirtuando el patriotismo nacional, sino por medio de la elevación y purificación del amor a nuestra patria. El mundo es la madre patria de las patrias. Cuando esto se comprenda bien, se logrará la paz mundial permanente.

Salvador de Maradiaga.
* * *

Para que una guerra de conquista surta sus efectos, en estos días de tremendos elementos de destrucción, en que las operaciones bélicas demandan gastos fabulosos, ha de ser forzosamente de corta duración, pues de otra manera el aspecto económico de la empresa se escribe en cifras de desastre. De este punto de vista la guerra de Africa es ya para los italianos un manifiesto descalabro.

A más de esto, en el caso de Italia, la oposición moral de todo el mundo culto empieza a paralizar la voluntad aparentemente inquebrantable de los agresores. «Yo contra todos» era una expresión lírica de un estado de alma en poblaciones dominadas por creencias o sentimientos que se eclipsan y van desapareciendo. No es posible luchar denodadamente, durante muchos meses, contra principios de universal aceptación.

B. Sanín Cano.

A propósito de las recientes elecciones políticas

Solamente dos veces, que yo sepa, ha funcionado perfectamente el mecanismo del sufragio popular en Costa Rica: en 1910, cuando la primera elección de don Ricardo Jiménez, siendo Presidente de la República don Cleto González Víquez y público el voto; y ahora en 1936, siendo Presidente don Ricardo Jiménez y secreto el voto.

El 10 de febrero, muy temprano, me preguntó un redactor de *La Prensa Libre* que andaba a caza de impresiones:—«¿Qué le parecieron las elecciones de ayer?»—«Me han gustado mucho, le contesté. En

materia de elecciones políticas, un hombre de experiencia sabe que no es fácil mirar al porvenir: tiene úno que vivir la hora presente. Los anticomunistas vivimos ayer domingo nuestra hora contribuyendo al triunfo de don León Cortés.»

El día 11 tuve que ser más explícito y escribí en el diario citado lo siguiente:

Les ha parecido paradójica a algunas personas mi afirmación de que, en materia de elecciones políticas, no puede úno hacer más que vivir la hora presente, votando contra el enemigo visible, sin demorarse en conjeturas sobre el porvenir. Les pido que repasen la Historia Universal—o al menos la de la propia patria—y convendrán en mi razón.

Sin tomar en cuenta los cambios o las transformaciones que sufren los gobernantes, por corrupción; considerando sólo las vueltas dadas honradamente, por convicción, salta a los ojos del estudioso el hecho de que constituye una singular rareza el caso de un Poincaré, que cumple fielmente en el poder su programa de candidato. Los ejemplos del caso opuesto son tan abundantes como variados: van desde las aparentes contradicciones de un insigne Thiers en Francia hasta el cambio eterno de ideas de un Rafael Núñez en Colombia. Wilson, el profesor Wilson, subió al poder por los votos de sus conciudadanos justamente seducidos por sus prédicas de paz y de respeto a las pequeñas nacionalidades; pero en el gobierno fue un agente de guerra y de intromisión en los asuntos de México, de Santo Domingo y de otros países. Roosevelt declara en su plataforma electoral «que el dinero sano debe sostenerse a toda costa», en 1932. Año y medio después (en enero de 1934), en una proclama, siendo ya Presidente, reduce

a tres quintas partes el valor del dólar y se reserva el derecho de reducirlo todavía más.

Copio ahora dos cartas: la que dirigí al señor Presidente de la República el día siguiente al de las elecciones y la honrosísima respuesta con que quiso él distinguirme:

San José, febrero 10 de 1936.

Sr. Lic. don Ricardo Jiménez.
Presidente de la República.

Al salir usted de ese momento atribulador que es para un gobernante el de la elección por el pueblo de la persona que ha de sucederle en la Presidencia de la República, permita que no se me queden dentro del pecho mis ansias de aplauso y los votos que dicta el más alto afecto.

Elías Jiménez Rojas.

Casa Presidencial,
San José, febrero 14 de 1936.

Señor don Elías Jiménez Rojas.
Ciudad.

Mi estimado señor y amigo:

Valen tanto sus juicios y son los de su carta tan benévolo para mí, que a más de agradecerlos, ahora y siempre, como inestimable ejecutoria, decidí publicarlos a fin de que resultara más notorio el favor que me ha otorgado.

Su afectísimo servidor y amigo

Ricardo Jiménez.

Fragmentos de conversaciones con periodistas

—Mire usted — nos dice don Elías — ayer he tenido el placer de recibir la visita de un profesor de patología en Cleveland. Ha venido a Costa Rica a pasar unas cortas vacaciones. Desde las dos de la tarde hasta cerca de las siete de la noche conversámos extensamente. Muchas cosas que me enseñó y tantos horizontes que se abrieron. Será imposible tratar en una entrevista de estos asuntos. Sin embargo, algo me dijo también este amigo mío que vale la pena de que sea conocido por todos. Le ha parecido que esta ciudad es encantadora. Su clima, su cielo, todo. Pero ha hecho una observación que ya en otra oportunidad habíamos hecho nosotros. La de que el ruido en San José es algo que está fuera de proporción con el tamaño de la ciudad. Relativamente, soportamos un ruido mayor que el de Londres. No sabe el público el mal que esto constituye, a juicio de un patólogo.

Con R. C.—10 de enero.

* * *

Lo he leído con mucho interés, alentado por la juiciosa advertencia que hace usted al comienzo relativa al *uso*. Pero he quedado descontento. Veo que usted también se sujeta a la majestad del uso, cuando se titula *diccionario*, y me parece que hace mal: sin *razón* no hay autoridad. Y el diccionario oficial se atiene frecuentemente al uso, sin cuidarse de razones. Tan correctas son las palabras *apercibir* y *advertir* como sus derivados: *desapercibido* e *inadvertido*. ¿Porqué es un galicismo decir *desapercibido*? La forma francesa (que muy bien pudiera ser cas-

tellana) es *inapercibido* (inaperçu). Si *aplanadora* es el femenino de aplanador (el que aplaná), ¿por qué no se puede llamar aplanadora a la máquina que aplaná y sí se puede llamar perfumadora a la que perfuma?

Y no digo más. No deseo desanimarlo a Ud. ¡Al contrario! Comprendo que Ud. puede prestarnos un gran servicio con su esmeril. Lo que deseo es que no se valga sumisamente de un diccionario que escribe con toda frescura lindezas como esta:

conciencia (sin la s necesaria de la raíz) y *consciente* (con la s).

Con «Lapidario».—29 de enero.

* * *

En nuestra última entrevista, o mejor dicho, en el reportaje que publicámos, en días pasados, olvidámos una recomendación que siempre hace don Elías, de no usar nombres propios de personas, porque se personaliza la crítica que se haga, empequeñeciéndola, cuando lo que importa son las ideas y no quienes las expresan. Conste así para explicar la referencia que ahora hacemos del Profesor Oscar Bustos y de la publicación que hiciera en este mismo diario, en respuesta a alusiones de don Elías, en el reportaje que hemos mencionado.

Refiriéndose a la contestación publicada del Profesor Bustos y a una carta particular, seguida del envío de los libros de Trabajos e Informes, hasta la fecha publicados por la Misión Pedagógica Chilena, don Elías dijo al repórter, palabra más o palabra menos, lo siguiente:

—Agradezco al Profesor Bustos la forma de su contestación. No la esperaba. Por lo general los pe-

dagogos son agresivos y se hace difícil sostener con ellos una controversia.

Esta vez, la controversia no vendrá tampoco. A mí me es enteramente imposible comprender el espíritu de una Escuela que se llama *nueva* o *activa* y que se declara a la vez «hija espiritual de Juan Jacobo Rousseau». Un pensador que padece de delirio de persecución y busca la naturaleza porque se siente y está fuera de ella; un pensador incoherente, en continua contradicción consigo mismo; escéptico, sin confianza en las fuerzas mentales del hombre, no puede servir para fundar escuela alguna: Rousseau es la *negación* misma de la Escuela.

Con A. Z.—6 de febrero.

* * *

A don Elías lo hemos encontrado escribiendo. Prepara algo para nosotros, pero al reportero, en materia de ideas le gusta, como dice el adagio vulgar: mamar y beber leche. Mientras nos llega la página ofrecida, vamos ensayando un reportaje acerca de un tema de actualidad que interesa mucho a nuestros lectores.

—Qué piensa usted, don Elías—dijimos—de la idea de Roosevelt para crear la sociedad de las naciones de América?

—Mire usted—nos respondió—hace algunos años, no muchos más de seis, que vino a Costa Rica y me visitó un escritor norteamericano. Conversámos acerca de tópicos diversos en materia internacional. Cuando había de partir de regreso a su tierra, tuvo el capricho de sacar una fotografía mía. Suelo presentarme muy pocas veces a posar para el objetivo. Es decir, casi nunca. Pero en esa oportunidad no podía negarme. Una vez que hubo tirado el dispa-

rador y volviéramos a conversar, me dijo: «—Me llevo el retrato del último de los europeizantes.» Y era verdad. Siempre pensé que debíamos permanecer pegados al viejo continente. Siempre he sido un romántico de la vieja civilización. No he podido separar de mi espíritu el recuerdo de aquellas naciones y sus influencias en la América. Pero ha pasado el tiempo, y debo decir ahora, con motivo de esos proyectos roosveltianos, que aplaudo su idea, y que confío en que su labor ha de ser de mucho bien para todas estas naciones. Esta política del buen vecino, seguramente nos dará excelentes resultados. Con más tiempo y en mejor oportunidad, habré de referirme a ello.

Con R. C.—19 de febrero.

Un romántico eterno es don Elías

Por **Clemente Marroquín Rojas**

La Prensa Libre nos da, de vez en cuando, pedazos del pensamiento de don Elías Jiménez Rojas. Nosotros siempre devotos de los hombres de ciencia, le leemos con deleitación. A veces sufrimos enormes decepciones, pero casi siempre remozamos nuestro espíritu iconoclasta con el agua fresca de una lección puritana.

Anteayer don Elías dió un reportaje auténtico y en él dice que «siempre fué un romántico de la vieja civilización». Con esto don Elías quiere decir que su pensamiento estuvo siempre apegado a las ideas de Europa; que siempre trató de trasplantar a nuestra América la mentalidad del viejo mundo; y que su cerebro se nutrió en las ubres intelectuales de España, de Francia, de Inglaterra, de Italia...

Ahora, don Elías, parece que abandona las viejas fuentes donde abrevó sus conocimientos y que aboga por las ideas nuevas. Pero no hay tal, porque lo que él llama vieja civilización es exactamente la misma que predomina en el pensamiento de la América sajona. Es una misma civilización o cultura la predominante en Europa y en América: es la civilización occidental y las ideas de Roosevelt no son una novedad en el pensamiento humano...

Eso de constituir una Sociedad de Naciones americanas es una copia servil del pensamiento del político francés Briand, que no ha muchos años propusiera un paneuropismo salvador. Por otro lado, esa Sociedad de Naciones no salvará absolutamente nada, porque no es más que la prolongación del Panamericanismo del otro Roosevelt, cuya inutilidad ya todos saben.

Cuando el Presidente Wilson concibió la Sociedad de Naciones del mundo, todos los espíritus románticos dijeron que la paz estaba asegurada, y ¿qué ha hecho la Sociedad de las Naciones? ¿Qué está haciendo en la actualidad con esa inconcebible conquista italiana en Etiopía? ¡Ah, estimado don Elías, las quimeras y las utopías son propias de los sabios; pero esta quimera de la paz americana con la famosa invención del Presidente Roosevelt, no pasa de ser una ingenuidad... Hispanoamérica no sería más que una comparsa en las comedias del imperialismo americano. Eso hemos sido con el Panamericanismo y hasta con las idioteces como el rotarismo, seguimos siendo bulto, y nada más...

La Prensa Libre, 21 de febrero.

* * *

Ante todo, las mejores gracias a don Clemente

Marroquin Rojas por la benévola atención que me presta. Y después, una aclaración.

A lo que entiendo, un reportaje auténtico es un reportaje verdadero, no fingido, redactado por un periodista. Ahora bien, al periodista no se le puede exigir más que galanura, gracia y una fidelidad relativa. Al expresar él, con palabras suyas, un pensamiento ajeno, renuncia de hecho a la exactitud completa. Y conste que en su último reportaje ha sido muy feliz el señor Caldera.

Ni por un instante me ha pasado por la cabeza la idea de abandonar mis viejas fuentes de conocimientos. Esto sería un suicidio. Ni me parece que el inteligente reportero de *La Prensa Libre* haya querido dar a entender semejante cosa. Hablábamos de «política», de influencias políticas y de sociedades políticas, y yo dije y digo que los americanos, del Norte y del Sur, no podemos «ahora» esperar nada de Europa.

Tampoco encuentro en ninguna parte del reportaje la afirmación de que las ideas del Presidente Roosevelt son una novedad en el pensamiento humano.

Fuéra de las novedades que nos ofrecen diariamente las ciencias físicas, yo no conozco novedades.

En cuanto a sociedades de naciones, tenemos en nuestra casa, los españoles-americanos, propugnadores de la talla de Francisco Suárez, en España, y de J. B. Alberdi, en la Argentina.

Francisco Suárez, orgullo de la Compañía de Jesús, al ocuparse de las relaciones entre los pueblos, *hace más de tres siglos*, propuso el establecimiento de relaciones jurídicas semejantes a las que rigen entre los individuos de un mismo pueblo para impedir que cada individuo se haga justicia por sus propias manos. Y este es el fin capital de una sociedad de



naciones: el evitar que cada una se haga justicia por sus propias manos.

Alberdi, hace un siglo, hablando de la necesidad apremiante de convertir el actual derecho de gentes en un derecho del hombre, sin distinción de pueblos y de razas, allanando las fronteras para asociar a los pueblos en la consecución de los destinos comunes, nos dijo: Esa sociedad está en formación y toda la labor en que consiste el desarrollo de los progresos humanos, no es otra cosa que la historia de ese trabajo gradual de que está encargada la naturaleza perfectible del hombre. Los gobiernos, los sabios, los acontecimientos de la historia, son instrumentos providenciales de la construcción secular de ese grande edificio del pueblo-mundo, que acabará por constituirse sobre las mismas bases, según las mismas leyes fundamentales de la naturaleza moral del hombre en que reposa la constitución de cada Estado separadamente.

Mis convicciones—o ingenuidades, lo que fuere—acerca de este particular, son, pues, muy viejas. Si fueran nuevas, desconfiaría de ellas.

La Prensa Libre, 22 de febrero.

* * *

En *La Prensa Libre* del 2 de marzo ha vuelto a la carga con su lucidez habitual don Clemente Marroquín Rojas. Siento no disponer de espacio para reproducir su artículo. Se mantiene en su actitud de recelo o desconfianza respecto a los yanquis y continúa pensando que han sido o son novedades «la república», la «democracia», el falansterismo, el comunismo ruso, el fascismo, etc. (Nótese, entre paréntesis, que la palabra griega *falansterio* y la italiana *fascio* son equivalentes.)

Historia de un ebanista que realizó la economía dirigida

Hay en Copenhague un club de librecambistas que se han propuesto demostrar amenamente la futi- lidad de ciertas teorías económicas muy gustadas ahora en el mundo, en la época de desvaríos de postguerra. Con ese fin, publica dicho club interesantes fábulas y cuentos reunidos en folletos. Léase como ejemplo el epílogo que aquí traduzco:

Había una vez en un pueblecito danés un eba- nista especializado en la fabricación de ataúdes. Un dichoso día se le ocurrió que era de veras justa, digna y recomendable la teoría de la «balanza del comercio»: *No compro sino a quien me compra*. Por tanto, decidió ponerla él rigurosamente en práctica, sucediérale lo que le sucediera. Para comenzar, hizo saber al pulpero y al panadero que les retiraba su clientela mientras no obtuviera la de ellos. Pero el pulpero y el panadero, no sintiéndose en peligro de muerte, se negaron a encargarse de antemano sus ataúdes. Lo mismo hicieron los otros comerciantes del pueblo, de modo que al punto nuestro carpintero, esclavo de sus principios, no encontró un lugar donde comprar lo que necesitaba para vivir y para sostener su taller. Naturalmente, éste empezó a ir a menos.

Quiso sin embargo la suerte que un terrible acci- dente sobreviniera en una gran fábrica de productos químicos de la localidad. Saltó la fábrica y murieron sus dos directores, Peña y Lázaro. Sus viudas se dirigieron al momento al ebanista y le encargaron dos de los mejores ataúdes. Pero especificaron que el trato se haría según los principios de la economía

dirigida y que la paga se verificaría técnicamente «por vía de compensación».

—¡Perfecto!, dijo el ebanista. ¿Y qué me daréis en cambio?

—Nuestra fábrica, respondieron las viudas, no tenía más que una especialidad: el veronal. Le pagaremos en pastillas de veronal.

Dicho y hecho. El carpintero, el día siguiente al del entierro recibió una cantidad de pastillas de veronal que ocupó las tres cuartas partes de su tienda. Con esto acabaron de dormirse sus negocios. Nadie le compraba ni ataúdes ni pastillas. Sus aprendices se fueron. El dueño de la casa reclamaba los alquileres y lo amenazaba con echarlo a la calle. La quiebra, en una palabra, lo agarraba del pescuezo.

Entonces, una noche, vencido pero no convencido, se tomó toda una caja de su hipnótico y se acostó en el más bello de sus ataúdes, después de cerrar bien todas las puertas.

La política del equilibrio económico sumó una víctima más!...

Notas del Director

Con motivo del breve comentario que hice un día de estos a un colaborador del *Diario de Costa Rica*, he recibido una carta de un obrero italiano que ha sabido desarrollar su aguda inteligencia en su menester profesional. Por sugestión de este obrero, escribo estas líneas.

Un diccionario que hace concesiones al *Uso*, por absurdo que éste sea, nos sirve de muy poco. El uso, no hay necesidad de que nadie nos lo enseñe: lo sentimos, lo sufrimos, lo conocemos solitos. Al

diccionario o al lingüista le pedimos luz acerca de la acepción y de la forma *propias* de un vocablo y acerca de la *construcción* más clara de la oración de que deseamos valernos.

El uso, así sea el de un gran escritor, hay que descartarlo: si nos sometemos a él incondicionalmente, bajamos en vez de subir. En materia de lenguaje, como en todo, sube quien va hacia la universalidad, respetando las naturales relaciones con el pasado y con el presente de todos los hombres del orbe. El vulgo es novelero: por el prurito de cambiar, acepta modos o modas de expresión en contra de la lógica, de la belleza y de la unidad de las lenguas.

La historia de los disparates consagrados por el uso y admitidos en los diccionarios es infinita. La palabra *manche* francesa equivale a las palabras *manica* italiana y *manga* española; pero el uso ha hecho que el Canal de la Manga se llame canal de la mancha en español. *Piemonte* en italiano y *Piémont* en francés significan *al pie del monte*; pero el diccionario escribe Piamonte.

Hasta las formas que dan personalidad a la lengua —sin borrar, antes bien subrayando los rasgos propios de su familia,— se están perdiendo por obra del uso, consagrado por los académicos. Las terminaciones *ado* y *era*, por ejemplo, no tienen ya su sentido recto original. Ahora se escribe *el estudiantado* en vez de *los estudiantes*; *el alumnado*, en vez de *los alumnos*; *la aplanadera*, en vez de la aplanadora, etc.

La Academia Española va todavía más lejos en este momento de desgracia filosófica. Sin cuidarse de la nomenclatura gramatical que podría calificarse de internacional; sin importarle un pito lo que el sentido común pide, dice ella en su gramática «nueva y reformada» que *amaré* es un futuro *imperfecto*, y

hubiere amado, un futuro perfecto; que *amé* es un pretérito *indefinido*, etc., etc. ¿Cómo hará hoy un estudiante para entender que lo que en clase de francés se llama *pasado definido* precisamente, es lo que en clase de castellano debe llamarse pasado indefinido?

* * *

He leído con mucho gusto lo que el ilustrado profesor Bustos, de la Misión Chilena, publica en el *Diario de Costa Rica*. Crea el señor Bustos que le quedo muy agradecido por la forma respetuosa en que se refiere a la conversación que sostuve hace poco con mi amigo el periodista don Antonio Zelaya, y tenga la bondad de no negarme las atenuantes del caso, puesto que el relato de dicha conversación no fue redactado por mí personalmente.

* * *

Entre los factores de desgaste propios de la vida de ciudad, el más grave es sin duda el ruido. Contra el ruido se toman hoy en todos los centros cultos las más variadas medidas. En Costa Rica, las autoridades de policía y de salubridad parecen haber sido las primeras víctimas del bullicio excesivo: están aturdidas, no se mueven; saben bien que la libertad de un ciudadano termina en donde comienza la del vecino, pero no dan ni un paso. Toca, pues, a los particulares el defenderse por su cuenta inmediata y a como haya lugar. Hay casos en que esta defensa es muy fácil. Contra los comerciantes, por ejemplo, que instalan radios u otros instrumentos de ensordecimiento, para llamar la atención, lo más eficaz sería que el vecindario se abstuviera de hacer compras en sus establecimientos.

* * *

A mediados del mes de noviembre, los estudiantes de la Facultad de Derecho de París lograron tumultuariamente hacer que fuera suspendido el curso de Derecho Público del profesor Jeze, defensor de los abisinios. La cosa no es insólita. Los estudiantes universitarios no se distinguen por su cordura. En 1894, fui testigo presencial de las manifestaciones irrespetuosas contra René Berenger, miembro de la Academia francesa de Ciencias Morales, y contra el eminente Julio Simon, tan sabio, tan sincero, tan pujante defensor de la libertad de enseñanza. Cuatro años después, fui también testigo de la feroz hostilidad de la juventud universitaria contra Emilio Zola, cargado de gloria y de virtudes. Defendía Zola a un oficial judío, Dreyfus, que resultó después enteramente inocente.

Cuando digo estudiantes universitarios, me refiero naturalmente a la mayoría de ellos, constituida por los estudiantes de letras, de leyes, de medicina, de farmacia y de bellas artes. La minoría universitaria, tímida, retraída, juiciosa, la forman los estudiantes de astronomía, de mecánica, de matemáticas, de ciencias físicas.

* * *

Hablando un periodista, J. Pouyer, con el Dr. Carrel, a propósito del libro que acaba de publicar este sabio—y del cual dí ya aquí mismo una noticia—, le preguntó:

—¿Y cómo reaccionar contra esa declinación o degeneración de la raza por obra del ambiente en que hoy se vive? ¿Mediante los deportes, talvez?

—¡Alto!, le respondió el sabio. Eso es algo por completo diferente. Los atletas sobresalen en ciertos ejercicios, pero este vigor especial no tiene que ver («n'a rien á faire») con su resistencia general y su

salud. No está probado, por ejemplo, que los atletas vivan más que los otros humanos. Sucede más bien lo contrario. Y luego, ¿de qué sirve perfeccionar los músculos si el cerebro llega a entorpecerse?

* * *

En Inglaterra, en las elecciones de noviembre, el número de votantes inscritos fue de 16.525.246 mujeres y 14.780.281 hombres. Es decir, aproximadamente, 8 mujeres por 7 hombres. Sin embargo, el número de candidatos a la diputación, hombres, fue 20 veces mayor que el de los candidatos mujeres. La próxima Cámara de los Comunes comprenderá unos 600 hombres contra unas 18 mujeres.

Estos datos vienen a robustecer las convicciones de quienes somos partidarios de la igualdad política de los sexos. Es evidente que el celo electoral de las mujeres es mayor que el de los hombres, en primer lugar. Segundo: queda probado que las mujeres votan generalmente por los hombres y no aceptan para ellas mismas la vida de las Cámaras. Las mujeres prefieren la vida del hogar. Su acción política se limita voluntariamente a contribuir al triunfo de los partidos moderados.

La buena madre, la buena hija, la buena esposa, no quieren guerras ni revoluciones de ninguna clase.

* * *

Se habla hoy frecuentemente de la muerte del humanismo. Se dice que ya no es posible poseer una cultura general. ¿Qué se entiende entonces por cultura general? ¿Saberlo todo profundamente?

—Esto no ha sido posible nunca.

¿Poseer ideas generales acerca de todas las cosas?

—Esto no ha sido nunca más fácil que hoy. Las relaciones entre nuestros conocimientos se hacen más palpables a medida que se intensifican dichos conocimientos: la teoría general de ellos es cada día más simple y clara. Para entenderla suba usted a cualquier altura; pero súbala! Especialícese en una dirección: en mecánica, en astronomía, en química, en lo que Ud. pueda. Cuanto mejor sepa Ud. encauzar su actividad, mediante una limitación voluntaria, más pronto llegará a la altura indispensable para la visión enciclopédica. *Ad augusta, per angusta*. Para llegar a las posiciones mentales augustas, los mejores caminos, los únicos caminos, son precisamente los más estrechos. La especialización no se opone al humanismo. Antes bien es una de sus condiciones.

* * *

El comunista holandés van Mainse terminó con las siguientes palabras su informe sobre la América del Sur, en el 7.º Congreso de la Illa. Internacional: «El partido comunista y el gobierno soviético están estrechamente ligados: no son más que uno. Sólo su desarrollo difiere y no se distinguen el uno del otro sino por el género de su trabajo. El uno trabaja bajo el nombre de partido en el dominio de la propaganda interior e internacional; el otro representa únicamente la autoridad del Estado». Pero cuando otro Gobierno — sea el de los Estados Unidos, el de la Gran Bretaña o del Uruguay — protesta contra la intromisión soviética en los asuntos internos de su respectiva nación, la Rusia Roja responde repitiendo el curioso proverbio de los mujikes: «Yo, no soy yo; mi caballo, tampoco es mío».

* * *

El año 1935 se cerró con el bombardeo aéreo de una ambulancia de la Cruz Roja, en Etiopía.

En «La Tribune» de Ginebra, Paul du Bouchet señaló ese hecho como de mal augurio para 1936. «Dos concepciones del mundo, dos filosofías de la vida están en choque. A la mística de la paz se opone la mística de la violencia triunfante. Por momentos este antagonismo toma el carácter de una verdadera guerra de religión. A este respecto, no carece de interés hacer notar la mansedumbre con la cual la Iglesia Romana juzga los sucesos del Africa Oriental y el sobresalto de indignación que ese espectáculo ha provocado en los medios protestantes, y no solamente en la Gran Bretaña.»

«La primera consecuencia de este estado de cosas, en el año de gracia 1936, será atrasar la solución de la crisis económica, agravar considerablemente las cargas fiscales que hacen ya sucumbir a los pueblos y, por lo tanto, envenenar los antagonismos de orden social que amenazan la paz interior de los Estados. Desde este punto de vista, la aventura africana marcará talvez para nuestra civilización, el comienzo del fin. Los rusos, los alemanes y los italianos, responden que a ellos no se les da nada, porque ya tienen hecha su revolución. ¿Pero qué será de los otros países, sobre todo de los pequeños países, como Suiza, en medio de tales trastornos?»

El hecho es que los pequeños países existen tan sólo por obra y gracia del Derecho Internacional. La sociedad de las naciones — no hablo de la de Ginebra — no es una quimera. Es una realidad que debemos robustecer por todos los medios a nuestro alcance. No la han creado los legisladores; pero hay que darle una expresión legal.

En guerra, es ridículo pensar en armarse cuando se es pequeño. El medio millón de habitantes de Costa Rica, transformado en medio millón de soldados de 1.^a fuerza, sería siempre absolutamente incapaz de resguardar la soberanía nacional.

Paul du Bouchet llega a temer que la aventura africana marque el comienzo del fin de la civilización. Yo, nó. Pienso que es al contrario, uno de los episodios extremos de la tenebrosa post-guerra que va a terminar.

* * *

Los marxistas y todos los que en sus desvelos colocan en primer término el problema económico, me hacen el efecto de caminantes extraviados. Ya no discutiré nunca más con ellos. Les tengo lástima, una lástima soberana. Lo digo sin jactancia. Páguenme con el desprecio o con la injuria, yo no los tomaré nunca más en cuenta.

Conforme he venido haciéndome experimentado, me he convencido de que la estrella que tomé para dirigirme al entrar en la vida social, era la buena, y me duelo de haberle vuelto la espalda tantas veces, arrastrado por las falacias de la demagogia. Lo que necesitan las masas, lo que necesitamos todos es *instrucción*, el máximum posible de instrucción.

Quienes soportan el mayor número de desgracias son los tontos, y después de ellos, los inteligentes pero ignorantes. Con la difusión de la verdad se acaban los males de naturaleza evitable y se disminuyen los otros, los constitucionales o hereditarios. Esto último constituye el cometido de la eugenesia.

En fin, he de expresar mi convicción de que la verdad es una sola y de que en las escuelas de preparación general—las llamadas de 1.^a y 2.^a ense-

ñanza—no se debe dar cabida sino a las lenguas y a las ciencias positivas, esto es, matemáticas y experimentales; y que, por consiguiente, no cabe tampoco en ellas hacer distinciones en cuanto a sexos o localidades: la aritmética, la química, la gramática, son idénticas en San José y en Liberia, y cualesquiera que sean las condiciones o circunstancias momentáneas de los escolares.

* * *

«En la mañana de hoy, 2 de marzo,—escribe un anciano en su diario íntimo—llevaron a matricular en una escuela pública a la mayor de mis nietecitas. Me he quedado abatido. ¡Es tan triste el recuerdo que guardo de las escuelas primarias de mi tiempo! La algazara propia de la escuela no permite percibir la angustia reprimida de los niños sensibles y tímidos.—No hay que afligirse, me dice una vecina: las escuelas de hoy no son como las de antes.—Lo sé; ¿pero son mejores que las de antes? Las cargas escolares se han aligerado; pero se han multiplicado esas cosas de *orden educativo*, esas minucias pedagógicas que tanto agotan a los maestros bien intencionados y que tanto lastiman a los niños sensibles y tímidos. Mientras haya de procederse a tuertas y a derechas, es más simple, más juiciosa, más inofensiva la consigna de *instruir* que la de *educar*. Sí, el miedo desrazonable de que quieran «educar» a mi nietecita es lo que me tiene en un temblor».

* * *

¿Cómo llamar *escuela nueva* a una escuela que se inspira en Rousseau? Los más grandes descubrimientos de la fisiología se han hecho después de Rousseau, y la fisiología es la única base seria de

la pedagogía. ¡Ni qué ha de atinar un maestro que no ha recibido ninguna cultura universitaria propiamente dicha! Sin fisiología no hay pedagogía. Sin física no hay fisiología. Sin matemáticas no hay física.

El maestro que se propone únicamente *instruir*, educa positivamente y no corre más riesgo grave que el de recargar de conocimientos a sus alumnos. Ahora bien, esta recarga mental ya no nos asusta hoy como hace 50 años. Los fisiólogos nos han demostrado que el cerebro es uno de los órganos más resistentes y quizá el que menor alimentación exige para sus trabajos.

El eminente sabio inglés Arthur Keith sostiene que un cerebro como el de Shakespeare no necesita de más de 1 gramo de azúcar para hacer un poema como los de Shakespeare.

En cambio, el maestro que se propone *educar*, careciendo de luces para ello, se encuentra abandonado a sus dotes personales, frente a un teclado complejo que nadie sabe todavía tocar a la segura, y corre el riesgo de echar a perder para siempre la salud—o la felicidad, que es lo mismo del niño puesto a su cuidado: ¡tántos y tan graves son los desórdenes fisiológicos que las emociones provocan en los órganos en que ellas terminan, por un mecanismo de reflexión!

* * *

Después de estudiar la historia de varios tartamudos, el Dr. Knight Dunlap, de la Universidad de John Hopkins, ha llegado a la conclusión de que la falta de carne en la alimentación de los niños, los predispone a la tartamudez. Los niños pueden comer carne desde la edad de dos años.

* * *

Cuando escribo, voy despacio, fijándome mucho en el sentido de las palabras, y mi estilo resulta trabado. Cuando hablo, lo hago sin aliño, salga como saliere. Esto hace que sea casi imposible reproducir con fidelidad una conversación mía y explica por qué le tengo tanto miedo a los reportajes y por qué me dejan ellos siempre tan amolado y agradecido, más amolado que agradecido. Sin calumniar, sin desfigurar, el reportero hace a menudo que queden escritas cosas que hemos dicho, pero que nunca nos habríamos atrevido a escribir.

¿Ganará algo el mundo con ese afán actual de dar permanencia a palabras que estaban destinadas a volar?

* * *

Hacer por dinero cosas que a uno no le gustan, no es degradarse. Si a usted no le gusta pintar edificios y se ve obligado a convertirse en pintor para ganarse la vida, usted no pierde nada moralmente: al contrario, gana. Pero si usted hace por dinero aquello que usted condena como inmoral, usted se prostituye. Se prostituyen, pues, los periódicos o las empresas editoras que teniendo una convicción filosófica o social, se prestan, por espíritu de lucro—no de tolerancia—, a la difusión de aquello mismo que juzgan falso o disolvente o perjudicial.

* * *

Según los datos de nuestros diarios, el «Hospital de San Juan de Dios», realizó en el mes de enero más de 900 *curaciones* por día. Dicho hospital es el más importante del país, pero no es el único. Costa Rica tiene 500.000 habitantes. La capital tiene 60.000. En ella está el hospital. Haga usted sus cálculos. No se ría del hospital—que al fin es hospital—; ríase de las estadísticas de los diarios.

* * *

A la edad de 85 años, murió en París, en diciembre último, Carlos Richet.

Pertenecía a una familia de sabios. Su padre A. Richet, su abuelo Ch. Renouard, su bisabuelo P. S. Girard, fueron como él, miembros del Instituto de Francia. En la Facultad de Medicina de París fue colega de su padre y de su hijo.

Como fisiólogo, perteneció a la línea de Flourens y de Claudio Bernard, los grandes maestros franceses del siglo pasado.

Y realizó brillantemente la sentencia de Claudio Bernard: «Letras, filosofía y ciencias, estas tres expresiones de nuestra inteligencia, deben unirse y confundirse en la investigación de las mismas verdades.»

Sus actividades tuvieron tres intentos principales: el progreso de las ciencias, el establecimiento de la paz entre los pueblos y la difusión de la lengua francesa.

Excepción hecha de sus digresiones en el campo de la metapsíquica, en todo lo demás fue muy feliz.

Expuso — hace 40 años — la teoría de los medios de defensa natural del organismo contra las infecciones, los envenenamientos, los traumatismos y los cambios físicos del ambiente. Dilucidó los actos reflejos en los organismos animales. Estudió el papel de la carne en el tratamiento de la tuberculosis, descubrió los fenómenos de anafilaxis y practicó la primera inyección seroterápica.

* * *

Anafilaxis significa lo contrario de profilaxis. Richet descubrió que un animal que ha sufrido una en-

fermedad o una intoxicación — de origen externo o interno —, queda durante un cierto tiempo predispuesto a esa enfermedad o intoxicación: esta predisposición constituye la anafilaxis. La duración de ella varía en cada caso. Por regla general, al período de anafilaxis sucede el de profilaxis o inmunización, que se mantiene por días, por semanas, por meses o por años.

* * *

M. Rudolf, antiguo revolucionario húngaro, después agitador comunista en Francia, pasó a Rusia en setiembre de 1931. Sirvió al Soviet durante cuatro años como periodista miembro del Komintern. En calidad de inspector, recorrió el país en todas direcciones y, finalmente, no pudiendo soportar «aquella atmósfera destructora de los valores intelectuales y de las fuerzas morales», se apartó del Soviet y del comunismo. En una conferencia hecha en Ginebra a principios de febrero, sin palabras violentas, sin censuras contra los jefes comunistas o contra sus doctrinas, se limitó a exponer los hechos y concluyó del modo siguiente:

La U. R. S. S. está en *devenir*. No debe ser estudiada de un punto de vista estático. Lo que se debe ver es en qué dirección avanza el régimen. La respuesta la da *el empobrecimiento general, moral, intelectual y material*.

Canción de cuna

«Duérme, hijo mío. Mira, entre las ramas
está dormido el viento;
el tigre, en el flotante camalote,
y en el nido, los pájaros pequeños;
hasta en el valle
duermen los ecos».

«Duérme. Si al despertar no me encontraras,
yo te hablaré a lo lejos.
Una aurora sin sol vendrá a dejarte
entre los labios mi invisible beso.
Duérme, me llaman:
concilia el sueño».

«Yo formaré crepúsculos azules
para flotar en ellos;
para infundir en tu alma solitaria
la tristeza más dulce de los cielos.
Así, tu llanto
no será acerbo».

«Yo empaparé de dulces melodías
los sauces y los ceibos,
y enseñaré a los pájaros dormidos
a repetir mis cánticos maternos...»
El niño duerme,
duerme sonriendo.

.....
La madre lo estrechó; dejó en su frente
una lágrima inmensa; en ella, un beso,
y se acostó a morir. Lloró la selva
y, al entreabrirse, sonreía el cielo...

J. Zorrilla de San Martín.
(uruguayo)

Hojeando el Diccionario de la Academia Española

(Notas de un colaborador anónimo.)

Si en pág. 130 la Academia acepta *atornillar*, y en la 407 *desatornillar* y *destornillar*, bien podría permitírnos el atornillador y el desatornillador, y no sólo el *destornillador*.

En pág. 110 (ver *armuelle*, y en otras, por ejemplo en la 232, *cañuela*, 288, *cizaña*, 386, *dalia*, *damasquina*), usa la expresión «planta anua»; en otras explicaciones trae «planta anual», por ejemplo en pág. 916, *patata*. Anua no lo consigna el léxico. ¿No será error de imprenta? Lo extraño es la contumacia del cajista.

En pág. 129, en *aterirse*, habla de un verbo, *enterecer*, que no trae en el léxico.

En pág. 334 estudia *conversa*, *conversable*, *conversación*, *conversamiento*, *conversante*, *conversar*, *conversativo*, *conversativa* y no los corrientes *conversador*, *conversadora*. Es cierto que para esas personas dice: «*conversante*: p. a. ant. de *conversar*. Que *conversa*». No estarían por demás *conversador* y *conversadora*, a semejanza de *hablador* y *habladora*. Por otra parte, es la denominación más usada.

En pág. 394 existe el sustantivo *degustación*, y no hay lugar para el verbo *degustar*, tan usado.

En pág. 500 al explicar *entrador*, *ra*, dice: «adj. C. Rica, Méj. y Venez., que acomete fácilmente empresas arraigadas.» ¿No será empresas arriesgadas que entendemos por acá?

En pág. 573 explica *flácido*, *da*, adjetivos, y no el sustantivo *flaccidez*. Por lo demás, casi siempre hemos oído y leído *flácido*, *flácida*, *flacidez*, y *flaccus* se volvió *flaco* perdiendo carnes, una c. (Continuará.)